

La teología del jubileo

HIGINIO MANUEL SÁNCHEZ ROMERO

El Santo Padre, el papa Francisco, nos convoca al jubileo ordinario del año 2025. Sabemos que existen dos tipos de jubileos universales: los ordinarios, que se celebran cada 25 años, y los extraordinarios, que convocan los papas por motivos diversos.

El Jubileo ordinario, que al principio solo se celebraba en cada centuria, se fue estableciendo de esta manera como una oportunidad para que los cristianos vivieran una experiencia de perdón y de indulgencia general en el transcurso de su vida, máxime al principio cuando la esperanza de vida era más corta que la actual. Hoy podemos asistir a varios jubileos durante nuestra vida, y a sus citas suelen responder muchos creyentes, aunque tenemos que reconocer que la conciencia de lo que significa la indulgencia jubilar ha caído bastante en desuso, unido a la escasa valoración del sacramento del Perdón.

El auge de las comunicaciones, la cultura del turismo de masas, hace que estos acontecimientos jubilares universales y locales sean muy masivos y se hace necesario potenciar una información y una catequesis que devuelva a estos actos el sentido original en el contexto de una vida cristiana que necesita perdón y reparación. Creo que la predicación y la catequesis han insistido e insisten mucho hoy, y lo valoro positivamente, en la dimensión de misericordia que tiene el anuncio cristiano. Una misericordia gratuita que siempre necesita la recta disponibilidad, el ponernos en camino de conversión. Cuando se reza el tercer misterio luminoso del santo rosario, se dice de manera expresa: el anuncio del Reino de Dios y la llamada a la conversión. Todo jubileo en el fondo pretende esto mismo: anunciar y recordar la Buena Noticia del Reino de Dios, poniéndonos en camino de conversión, consciente de que el perdón gratuito que recibimos en el sacramento, y que es un perdón incondicional, se

complementa con gestos de indulgencia que expresan la renovación interior. El perdón ni se compra ni se vende. Es un regalo de Dios siempre a nuestra disposición, que nos impulsa por la acción del Espíritu Santo a intentar reparar lo herido por el pecado, con una entrega y con un amor mayor por nuestra parte. Hay una peregrinación primera que se hace al encuentro de la misericordia que sale a nuestro camino. Pero la peregrinación de la vida continúa para que esa misericordia permanezca operativa en nosotros. Los sacramentos no son solo puntos de llegada. Son metas que nos lanzan a nuevos retos siempre con la ayuda de la gracia.

La Iglesia siempre ha defendido que la indulgencia emana del corazón del evangelio, y que ella lo administra con la ayuda del Espíritu Santo (el catecismo de la Iglesia lo expresa muy bien). Todos los evangelios recalcan con su teología propia esa noticia central y constitutiva del mensaje del Señor Jesús: la Buena Noticia que llega y que nos invita al acto libre y decidido de la conversión. El evangelio de san Juan con su lenguaje propio habla de la vida eterna que Jesús nos regala, por medio de tantos signos y que acogemos en la fe. Pero tal vez el evangelio más jubilar sea el de Lucas, que sitúa el primer anuncio de Cristo, enmarcado en las palabras proféticas de Isaías, y dirigido a establecer el año de gracia de nuestro Dios. Se trata de una especie de jubileo permanente, que tiene como centro la aceptación de la persona de Jesús, cuya muerte y resurrección nos ha ganado la vida nueva que ya poseemos. Coincidirá el jubileo próximo con la lectura dominical de este evangelio, que subraya de manera especial esta Buena Noticia que llega de manera especial a los pobres y a los pecadores.

Tal vez fuera esa conciencia jubilar permanente la que hizo que durante muchos siglos no se establecieran años jubilares. La penitencia tarifada de la edad media propició las peregrinaciones con carácter penitencial a sepulcros y lugares singulares, con el deseo de encontrar el perdón y la misericordia a los pecados de la vida. En este contexto comenzaron los años santos particulares y se sitúa el establecimiento del año santo jubilar romano. No es mi objetivo hablar de la historia del jubileo. Hay mucha literatura sobre el tema que podemos consultar. Establecer estos años con ese carácter jubilar no es acotar la oferta de perdón y de misericordia que siempre la Iglesia anuncia y ofrece como parte constitutiva del evangelio. Se trata más bien de una llamada apremiante, que nos recuerda el paso del tiempo y la necesidad de no bajar la guardia en algo tan importante como es la salvación que Dios nos ofrece. El “hoy” continuo del evangelio de Lucas, se recuerda en ese hoy de cada año jubilar. La Iglesia entera toma conciencia de esa llamada a renovar la vida. La experiencia de la Iglesia ha comprobado que este altavoz universal funciona, y que

despierta en muchas personas el deseo del encuentro con Jesús, que sana y rehabilita.

Después de la celebración del Concilio ecuménico Vaticano II, ésta sería la tercera cita jubilar ordinaria. A ellas me voy a referir en esta intervención.

La primera cita jubilar en el año 1975 la promulgó san Pablo VI. La bula de convocatoria se llamó “Apostolorum limina”. Pero más interesante que el texto de esa bula me parece una exhortación apostólica que el Papa publicó en Pentecostés de 1975, en pleno jubileo, llamada “Gaudete in Domino”, que en el fondo delinea desde mi punto de vista mejor los deseos que el Papa tenía para ese año jubilar. Deja claro que el Jubileo es “una llamada a la renovación interior y a la reconciliación en Cristo” (2). Pero me parece más interesante cómo explica él que haya elegido “la alegría” como lema fundamental de esta exhortación, en el fondo lema del jubileo. Dice el Papa: “la sociedad tecnológica ha logrado multiplicar las ocasiones de placer, pero encuentra muy difícil engendrar la alegría. Porque la alegría tiene otro origen. Es espiritual. El dinero, el confort, la higiene, la seguridad material no faltan con frecuencia; sin embargo, el tedio, la aflicción, la tristeza forman parte, por desgracia, de la vida de muchos” (8). Comenzaba ya la crisis del petróleo, pero la sociedad del llamado primer mundo todavía vivía del espejismo de un desarrollo sin límites. No esconde el Papa también la conciencia de que en muchas regiones, y a veces cerca de nosotros, se viven sufrimientos físicos y morales. “Tantos hambrientos, tantas víctimas de combates estériles, tantos desplazados. Es precisamente en medio de sus dificultades cuando nuestros contemporáneos tienen necesidad de conocer la alegría, de escuchar su canto”.

“El Señor quiere sobre todo hacernos comprender que la conversión que se pide no es en absoluto un paso hacia atrás, como sucede cuando se peca. Por el contrario, la conversión es una puesta en marcha, una promoción en la verdadera libertad y alegría” (51).

Haciendo mención al concilio dice el Papa, “¿No es una renovación interior de este género la que ha querido fundamentalmente el reciente concilio?”. “En el curso de este Año santo, hemos creído ser fieles a las inspiraciones del Espíritu Santo, pidiendo a los cristianos que vuelvan de ese modo a las fuentes de la alegría.” (70). “La alegría de ser cristiano, vinculado a la Iglesia en Cristo, en estado de gracia de Dios, es verdaderamente capaz de colmar el corazón humano”.

La talla humanista del papa Montini se nota en las alusiones que hace a Pascal y a Bernanos. Habla también de la dimensión original e inalienable de

la persona humana “su vocación a la felicidad pasa siempre por senderos del conocimiento y del amor, de la contemplación y de la acción”. Al Papa se le nota preocupado por dos aspectos concretos que ve en las comunidades cristianas:

– la primera hace referencia a “un exceso de crítica sistemática a todo”. Eran tiempos de enfrentamiento entre distintas visiones de la Iglesia que no entendía bien el sentido de la renovación conciliar. Eso generó sufrimientos y rupturas que los que tienen más edad recuerdan y sufrieron en propia carne. Oigamos al Papa: “¡Que nuestros hijos inquietos de ciertos grupos rechacen pues los excesos de la crítica sistemática y aniquiladora! Sin necesidad de salirse de una visión realista, que las comunidades cristianas se conviertan en lugares de confianza recta y serena, donde todos sus miembros se estrenen en el discernimiento de los aspectos positivos de las personas y de los acontecimientos” (74).

– la segunda, una preocupación, ya entonces, por la cantidad de católicos que estaban abandonando la práctica de la Eucaristía dominical. “Por eso nuestra última palabra en esta exhortación es una llamada urgente a todos los responsables y animadores de las comunidades cristianas: que no teman insistir a tiempo y a destiempo sobre la fidelidad de los bautizados a la celebración gozosa de la Eucaristía dominical...!Que la participación sea muy digna y festiva a la vez” (77).

Veintitrés años más tarde, a finales de 1998, el papa san Juan Pablo II promulga la bula del año santo 2000, *Incarnationis mysterium*. Es una bula que ya preanuncia un documento que marcó las líneas fundamentales de la pastoral de aquellos años: *Tercio Milenio ineunde*. El acento fundamental del Papa en su bula es celebrar el Misterio de la Encarnación. “Con la mirada puesta en el misterio de la encarnación del Hijo de Dios, la Iglesia se prepara para cruzar el umbral del tercer milenio”.

De las cosas más significativas de esta bula es la propuesta que hace el Papa de añadir nuevos signos a los ya tradicionales de perdón y de indulgencia, de los que habla de manera detallada. Los llama “otros posibles signos de la misericordia de Dios que actúa en el Jubileo” (11). Entre estos signos va a destacar de forma llamativa el signo de “la purificación de la memoria”. Este signo pide a todos un acto de valentía y humildad para reconocer las faltas cometidas por quienes han llevado y llevan el nombre de cristianos”.

Se trató de una propuesta valiente que generó ríos de tinta, dentro y fuera de la Iglesia y que se vivió con gran expectación. Dice el Papa, “la historia de la Iglesia es una historia de santidad... Sin embargo, se ha de reconocer que en la historia hay también no pocos acontecimientos que son un anti-testimonio

en relación con el cristianismo...Nuestro pecado ha obstaculizado la acción del Espíritu Santo en tantas personas. Nuestra pobre fe ha hecho caer en la indiferencia y alejado a muchos de un encuentro auténtico con Cristo". "Como Sucesor de Pedro, pido que en este año de misericordia la Iglesia, persuadida de la santidad que recibe de su Señor, se postre ante Dios e implore perdón por los pecados pasados y presentes de sus hijos".

Si algo se recuerda de manera especial de ese año santo es precisamente este gesto sentido y sincero del Papa. Y eso que todavía no le había estallado a la Iglesia, con la virulencia con la que apareció, el grave problema de la pederastia.

Pero el Papa no quiere quedarse en esa mirada al pasado o presente defectuosos. Indica "que la mirada, pues, esté puesta en el futuro. El Padre misericordioso no tiene en cuenta los pecados de los que nos hemos arrepentido verdaderamente" (11).

Además de esto, habla de otros dos signos que fueron importantes. El primero y coherente con toda su propuesta de doctrina social de la Iglesia: "... se ha de crear una nueva cultura de solidaridad y cooperación internacionales, en la que todos -especialmente los países ricos y el sector privado- asuman su responsabilidad en un cambio de modelo de economía al servicio de cada persona". Una líneas antes en este mismo número había insinuado una condonación de la deuda de los países pobres, "que se encuentran oprimidos por una deuda que ha adquirido tales proporciones que hace prácticamente imposible su pago".

El otro signo fue la memoria de los mártires. "Los dos mil años transcurridos desde el nacimiento de Cristo se caracterizan por el constante testimonio de los mártires. "Este siglo que llega a su ocaso ha tenido un gran número de mártires, sobre todo a causa del nazismo, del comunismo y de las luchas raciales y tribales".

Y llegamos a esta tercera convocatoria jubilar ordinaria que ha hecho el papa Francisco, cuyo eje vertebrador es la virtud de la esperanza. La bula, como bien sabemos se llama "Spes non confundit". En este cuarto de siglo han cambiado muchas cosas. La Iglesia al menos en los países llamados del primer mundo atraviesa momentos de incertidumbres y signos claros de envejecimiento y cansancio en muchos de sus componentes. Creo que la propuesta del Papa es acertada y conveniente. Tal vez la crisis más importante que viven los creyentes en esta hora es una crisis de esperanza. Al realizar esta pobre lección dirigía de nuevo mi mirada al inicio del evangelio de Lucas, al capítulo primero. Se nos presenta la

historia de un matrimonio anciano y fiel, heridos de esperanza. Zacarías no ha perdido la fe. Como buen sacerdote cumple de manera escrupulosa sus deberes en el Templo en su turno. Ya no espera nada de la vida y de Dios, salvo que un día lo recoja en su seno. Está apagando velas y cerrando puertas. Para él ya no hay buenas noticias. El anuncio de ángel lo desconcierta. Y para que haga sitio a la esperanza queda mudo. Yo entiendo que la visita de María a la casa de estos dos ancianos dura el tiempo en que terminan recuperando la esperanza, primero Isabel, y luego, de manera más lenta Zacarías. María atraviesa la puerta de una casa para ofrecer el servicio de la esperanza. Nosotros también estamos llamados a atravesar puertas para abrirnos a la esperanza.

El Papa afirma que la esperanza constituye el mensaje central del próximo Jubileo, deseando que “pueda ser para todos un momento de encuentro vivo y personal con el Señor Jesús, puerta de salvación” (1). Esa esperanza se fundamenta en la fe y se nutre en la caridad. “El Espíritu Santo, con su presencia permanente en el camino de la Iglesia, es quien irradia en los creyentes la luz de la esperanza. Él la mantiene encendida como una llama que nunca se apaga, para dar apoyo y vigor a nuestra vida”.

Una virtud relacionada con la esperanza es la paciencia, que hay que perderla siempre como una gracia, porque la paciencia es hija de la esperanza y al mismo tiempo la sostiene (5). La vida cristiana es un camino que necesita momentos fuertes para robustecer la esperanza. De ahí este jubileo. Es un camino que comienza en la peregrinación y acaba en el sacramento del perdón. Veamos: la vida cristiana necesita de momentos fuertes: que lo ordinario se convierta en extraordinario. Que lo que Dios nos ofrece siempre, en ese hoy de la salvación que no se ha acabado, aparezca como nuevo y atrayente.

Igual que Juan Pablo II propuso signos para aquel año santo del año 2000, el papa Francisco propone una serie de signos variados que responden bastante a las grandes preocupaciones de su pontificado. Los llama signos de esperanza. Signos en torno a la paz, a la vida, a los presos, a los enfermos, a los jóvenes, a los migrantes, a los ancianos, a los empobrecidos. Tal vez el más llamativo haya sido su deseo de abrir una puerta santa en una cárcel de Roma. Invita a la generosidad en el reconocimiento del rostro que pasa necesidad. Llega hasta sugerir que se cree un Fondo mundial para acabar con el hambre y propiciar el desarrollo de los países más pobres, así como iniciativas en relación a la deuda ecológica.

El Papa hace un guiño a la sinodalidad, que se convierte hoy según sus palabras, en una expresión cada vez más necesaria para corresponder mejor a

la urgencia de la evangelización. Propone también en esta línea como tema teológico profundizar en el legado del Concilio de Nicea (tal vez, el próximo año en algunas misas dominicales se debería proponer el rezo del credo niceno-constantinopolitano).

En estos tiempos que vivimos es necesario apuntalar nuestra profunda fe en la vida eterna, sin la cual no es posible mantener la vela de la esperanza y el sentido de la indulgencia jubilar.

He querido hacer este recorrido por los tres Jubileos ordinarios celebrados después del Concilio Vaticano II. Tres grandes Papas fieles al Concilio. Dos de ellos vivieron su año Jubilar en el ocaso de sus pontificados. Francisco lo vive en un momento de madurez de su pontificado, cuando ya tenemos delante de nosotros las grandes líneas maestras de su magisterio.

Comenzamos por esa llamada a la alegría verdadera, en aquellos años conflictivos para la Iglesia, con tensiones que parecía poner en entredicho el legado conciliar. Por su parte, Juan Pablo II era consciente de lo que significaba atravesar el umbral de un nuevo milenio donde se hacía urgente una nueva evangelización. Puso su acento en la encarnación de Cristo, y fue profético y valiente en su propuesta de purificación de la memoria. Se vislumbraba una de las etapas más duras que iba a atravesar la Iglesia con la aparición masiva de los problemas contra la dignidad de los menores y la persecución mediática que ello provocaría.

Francisco, buen analista de la situación actual de la Iglesia y del mundo, saca del tesoro espiritual cristiano la virtud de la esperanza, como faro que alumbre este momento de cansancio y desánimo que se ha vuelto crónico, y que tal vez sea uno de los demonios más potentes que tengamos que exorcizar.

En la sacristía de la Iglesia de Betancuria, en la isla de Fuerteventura, lugar que todos sabemos fue un centro irradiador franciscano de la evangelización de las islas, contamos con un precioso cuadro llamado *La nave eucarística*. El conjunto del cuadro es toda una catequesis. Aparecen las tres virtudes teologales, en distintos lugares. La esperanza está casi en la popa del barco, sentada, tomado el ancla en sus manos. Después de ella, y todavía dentro del barco, aparecen signos de muerte y desesperanza. Es curioso, que aunque estén después de la esperanza, no son arrojadas de la barca. La esperanza no da de forma total nada por perdido. Pero la esperanza puesta en esa zona del barco y sobre el ancla es como un cordón sanitario que hace que el virus de la negatividad no se adentre en toda la nave, que sigue lanzando la Eucaristía sobre los bravos apóstoles que nadan en las aguas del mundo llevando el evangelio, y siempre

junto a la barca que los ampara. Les invito a conocer ese cuadro, ver su simbología y rezar con él. Nuestro patrimonio religioso cuenta con grandes joyas catequéticas. Esta la podemos aportar como una contribución pequeña pero significativa a lo que el papa Francisco nos emplaza. A la Virgen me dirijo como se dirigen estos tres grandes Papas, siempre, pero de manera particular en los Jubileos. En esa nave de la que hago referencia también va María, junto a Jesús y a su cruz. Que la Madre de la esperanza nos ampare. Ella supo ser fuerte en los momentos de la debilidad. La humanidad de Jesús, unida al Verbo, fue educada por una mujer que no se dejó vencer por el desaliento. María siempre le está diciendo a Cristo que ahora es el momento.

El título que me asignaron para esta lección es muy pretencioso. Les brindo unas pinceladas, necesitadas de mayor profundización y que nos ayuden a vislumbrar la próxima cita jubilar. No sé si acierto cuando digo que los jubileos pretenden que vivamos de forma extraordinaria lo que constituye lo ordinario de la vida cristiana; el núcleo central y significativo del evangelio, que supone vivir el júbilo del anuncio constante del Reino de Dios y la llamada siempre apremiante a la conversión. Ese anuncio, siempre antiguo y siempre nuevo, debe tener hoy, como decía el cantor, “color esperanza”. Que enmudezca en nosotros lo que hay del Zacarías herido y dolido ante la dureza de las circunstancias, y que abramos las puertas al estilo de Isabel a la salvación que nos visita. El Papa nos convoca, y agradeciendo su magisterio, ojalá nos moviásemos y sepamos vivir el júbilo de la esperanza.

Muchas gracias